

Misericordia al vivo

Francisco Marín, S. I.

EFECTIVAMENTE, necesitamos subrayar con lápiz rojo la misericordia, tan maltratada y en quiebra entre los valores que hoy día se cotizan. Por supuesto, hablo de la MISERICORDIA de Dios (1). Sin embargo, no se trata de discutir, por el deporte de hacerlo, sobre si Dios es justicia o es misericordia, o más una cosa que otra. No interesa. Pero sí tenemos hambre de que algún convencido nos martillee los oídos con este pensamiento tan verdadero como ignorado: *desde que Cristo se puso en cruz, sin querer bajar de ella hasta después de muerto, siempre tendremos derecho a la esperanza.*

Hay una verdad fundamental, raíz de todo este pensamiento. Es la afirmación joannea de que "Dios es **CARIDAD**" (1 Jn. 4^a). Dios-Amor, cuando nos mira, es MISERICORDIA; cuando lo miramos, es ESPERANZA. Por eso no puede extrañar que se entrecrucen ambos conceptos, cuando se trata de insistir en uno sólo de ellos.

(1) De esta quiebra en algo tan básico, procede la inmisericordia de unos con otros y el desequilibrio mayúsculo de nuestra sociedad: el llamado *problema social*.

Esperanza Inauténtica

Fuera del Pueblo escogido, ningún otro ha tenido ideas tan claras sobre el particular. Cuando más, una actitud expectante frente al desplome ineludible de la muerte; el optimismo desesperado —más deseo que certeza consoladora— de sobrevivir a la catástrofe, sin un horizonte cierto de salvación. La fuga de los griegos a los compasivos dioses frígios y la rebelde "náusea" de nuestros días son dos aspectos distintos de una misma danza de la muerte: el hombre, acosado con fuerza irresistible hasta la propia destrucción, lanza hacia un cielo de bronce su "*eleison*" ("¡ten piedad!") a un Tú que desconoce.

De este fondo de dolor desgarrado nacen el mito de Prometeo, favorecedor de los hombres frente a la tiranía de los dioses, y la trágica seducción de Epimeteo por la joven Pandora: en el fondo de su cofrecillo entreabierto ha quedado la Esperanza, la cual no es más que un sordo deseo de vengar la burla sangrienta de Zeus, que odia y aplasta a los hombres.

Tras estas expresiones míticas late una antiquísima angustia, que grita a los cuatro vientos su hambre de salvación.

En nuestros días

Una mínima experiencia pastoral enseña que esta situación de angustia sin horizonte, propia de los que no tienen fe, es hoy bastante común entre los cristianos. Son frecuentes las personas que se acercan a recibir el perdón con el alma en carne viva, sí, pero dudando de que también para ellas haya misericordia. No se debe esto a humildad auténtica, sino más bien a que desconocen el verdadero rostro de Dios. Y por desconocerlo, proyectando en El su propia pequeñez, desesperan y, en vez de amar como hijos, temen como esclavos.

¿Qué nos dice la Biblia?



Un Dios que responde

La idea de un Dios personal, vivo, en contraposición a los dioses muertos (oro, plata, madera...) de los paganos, es de las más claras y persistentes en todo el Antiguo Testamento. Pero es una idea vibrante, emocionada, amasada en la vida del pueblo: expresa la experiencia sorprendente que brota al contacto con un Dios que está aquí y

que salva. Y no es que salve a los que son buenos: salva a los que salva porque El es bueno. Israel sabe muy bien que su Dios es increíblemente bueno. A pesar de tantas infidelidades, jamás lo ha abandonado. Es el pensamiento que recoge con ritmo de emoción la lírica de los Salmos a cada paso:

“Cantaré eternamente las misericordias de Yahwéh,

la alabanza de su fidelidad jamás caerá de mis labios”.

(Salmo 88²)

Es característico el salmo 135: al final de cada uno de sus veintiséis ver-

sos se repite invariablemente el mismo estribillo:

“...porque su misericordia no tiene fin”.

Idéntica en su fondo es la conocida frase de Isaías:

“¿Es posible que una mujer llegue a olvidar a su hijito, que no sienta piedad por el fruto de sus entrañas?”

*Pues bien, aunque ella lo olvide,
Yo nunca te olvidaré”.*

(Is. 49¹⁵)

La formulación más exacta de esta vivencia íntima de Israel con su Dios, tal vez sea ésta:

“¡Dios mío, Misericordia mía!”

(Salmo 58¹¹⁻¹⁵)

porque, con un amor tan tenaz y gratuito, Dios no se muestra misericordioso, sino como la misma MISERICORDIA.

La cumbre de este climax ascendente hacia la luz plena del Nuevo Testamento, podemos decir que la constituyen la profecía de Oseas y el Cantar de los cantares: Yahwéh, Esposo fiel y, por eso, celoso de Israel, dispuesto siempre a perdonar, a salvar.

Un binomio técnico

Toda esta economía misericordiosa de Yahwéh con su Pueblo, tras la protohistoria de Abraham y los Patriarcas, tiene un empuje histórico capital: el pacto en el Sinaí. Alianza de amistad, por la que Israel se compromete a vivir conforme al Decálogo, y Yahwéh por su parte ofrece a su pueblo protección. Entonces surgen las dos palabras invariables, *fidelidad - misericordia*, prototipo de la presencia de Yahwéh en medio de su Pueblo. Presencia que jamás falla por parte de Dios, pero que se oculta cuando Israel es infiel a la alianza (2).

(2) A esta fidelidad o lealtad de Dios corresponde la respuesta del hombre formulada con la palabra *amén* (uno de los elementos claves para el estudio bíblico de la fe), y significa un «sí» absoluto a la bondad de Dios, con la misma fe ciega de Abraham, de quien dice S. Pablo que «creyó, contra toda esperanza, en la promesa de que tendría un hijo» (Rom. 4, 18).

Es interesante el artículo dedicado a la palabra «foi», por P. ANTOINE, en el *Supplément al Dictionnaire de la Bible*, de F. VICOROUX, dirigido por L. PIROT, A. ROBERT y H. CAZELLES, vol. III, Paris 1938, cols. 276-310.

Culmen revelacional

Nos hemos movido hasta ahora en el plano del Antiguo Testamento, y con toda intención. Porque hay una tendencia exagerada a desconectar ambos Testamentos, como dos entidades autónomas y hasta se los caracteriza con poca exactitud como la era del temor y la del amor, siendo así que no se nos revela sino un único Dios-Amor-que-salva, en ascenso progresivo, que se abre en el Génesis y se cierra con el Apocalipsis.

Pues bien, todas esas manifestaciones de la MISERICORDIA, palabras del Dios invisible, mensajes de aliento y esperanza, se hacen realidad tangible en la Palabra del Padre, en Jesús, que es todo El revelación del Dios-Misericordia.

Es cosa conocida cómo la introducción del cuarto Evangelio es una especie de meditación teológica, meditación-síntesis de toda la actuación del Dios-Salvador-Jesús. Juan, el gran amigo de Jesús, ya anciano, quiere expresar las vivencias pasadas, y comienza presentando al Dios Hombre con la luz pentecostal del Espíritu: Jesús de Nazaret, Dios que salva:

“...y nosotros vimos su gloria, la gloria que le es propia como unigénito del Padre, en plenitud de misericordia y de fidelidad”. (Jn. 1¹⁴)(3)
Para Juan el Teólogo, Jesús es la

El mejor estudio sobre la misericordia y la fidelidad de Yahwéh es el de F. ASENSIO S. I., *Misericordia et Veritas*, Roma 1949. J. ALFARO S. I. acaba de publicar el trabajo más reciente, de tipo filológico-teológico, sobre la fe: *Fides in terminologia biblica*, Gregorianum 42 (1961) 463-505.

(3) Hay que poner, sin embargo, las cosas en su sitio. La alusión del cuarto evangelio a la conocida expresión del A. T., llega más lejos que ésta, en el sentido de que el N. T. es plenitud del Antiguo, y por tanto, la antigua fórmula *misericordia-fidelidad* adquiere en Jesús su sentido más cabal y al mismo tiempo más profundo.

plenitud revelacional de la MISERICORDIA; la entrada de Dios en nuestra quebrada Historia, abriendo en su entraña endurecida el surco de la esperanza con la cruz ensangrentada de Jesús: la cercanía visible y tangible de un Dios que escucha y se compadece. Así brota en la vieja liturgia el grito esperado y magnífico a Jesús, en medio de la noche de los que viven "sin Dios en este mundo" (Efes. 2¹²): "Kyrie, eléison", "Señor, ten misericordia". Y es un grito lleno, seguro, respaldado por la palabra misma de Dios:

"Es indudable que Dios nos quiere; pues, cuando aún éramos pecadores,

Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón alcanzaremos la salvación ahora que hemos sido justificados con su sangre" (Rom. 5⁶⁻⁹).

Por eso decíamos al principio que carece de sentido el desaliento en uno que cree en el misterio de la cruz de Cristo; Dios-Salvador. Es preciso que superemos, a la vista de nuestros pecados, ese primer impulso de angustia, que no siempre es dolor (Judas también lo sintió); hay que llegar al dolor sereno y profundo de Pedro, con la firme esperanza de que siempre, siempre, podemos esperar en la Misericordia de Dios.

